

A propósito de E. R. CURTIUS, *Escritos de humanismo e hispanismo*, edición, estudio preliminar y traducción de Antonio de Murcia Conesa, Verbum, Madrid, 2011.

El nombre de Ernest Robert Curtius (1886-1956) es sobre todo asociado a su magna obra *Literatura europea y Edad Media latina* de 1948. Esta obra ha sido antes que nada prestigiada por los filólogos interesados en la historia de la literatura. Desde luego, Curtius era un filólogo, pero lo era en un sentido seguramente más amplio de lo que su invocación disciplinar invita a suponer hoy. Quizá éste es el primer rasgo que puede destacarse de la selección de escritos que Antonio de Murcia propone y que hasta ahora no habían podido leerse en español, a los que se añaden como apéndices el *Tratado sobre la pintura* de Calderón de la Barca, un texto apenas conocido al que sigue la traducción que el mismo Curtius hace al alemán. Amén del romanista, lo que uno encuentra en estos *Escritos de humanismo e hispanismo* es a un intelectual europeo de primera fila discutiendo con algunas de las mentes más lúcidas de su generación acerca del significado, vigencia e implicaciones de un nuevo humanismo superador de los límites de la filosofía moderna que veía manifiestos en las convulsiones sociales y políticas que a partir de la Gran Guerra tienen lugar. La literatura había de servir a esa estructura de mediación cultural y el cultivo de la filología sobre los modelos hispánicos tiene un protagonismo principal en la tarea.

Una introducción de más de setenta páginas, además de cumplir con las funciones deícticas que le son propias, permite medir la profundidad de los conocimientos y criterio del editor sobre la materia, asumiendo que la materia no es tanto Ernst R. Curtius como las relaciones de Curtius con una panoplia de cuestiones filológicas, históricas y filosóficas que en muchos casos siguen preocupándonos hoy, incluidas las implicaciones metodológicas de sus aportaciones. En la introducción, por tanto, procede a una compleja interpretación de la vida intelectual de Curtius, de la evolución y modulación de sus intereses, de cómo quedan enmarcados en el contexto histórico de los debates en la Europa de entreguerras sobre el humanismo (tema al que el propio Antonio de Murcia dedicó su tesis doctoral) y la reconstrucción, ya como tarea urgente tras la II Guerra Mundial, de una tradición cultural europea capaz de superar la angostura de las historias en clave nacional. Aquí la literatura latina medieval abría un espacio que ya no podía ser interpretado ni en clave francesa ni en clave germánica exclusivamente.

El programa de Curtius requería no sólo de una redefinición de los límites en los cuales se había movido la filología, sino también de los conceptos con que funcionaba. El foco de atención en el espacio de la Romania y la actualización del concepto de *Weltliteratur* son dos elementos centrales del com-

paratismo de Curtius al servicio de un espíritu europeo que reconociera los lugares compartidos de su tradición. Así las cosas, no se trata de reivindicar los orígenes como divertimento erudito o una preferencia privada por el clasicismo, sino de examinar los itinerarios y los rastros de esos orígenes hasta la literatura contemporánea, lo cual implica una posición epistemológica precisa frente a las corrientes del idealismo y el positivismo. Los artículos «El concepto de una tópica histórica» y «Tópica como heurística» son muy clarificadores al respecto, pero, a pesar de lo prolijo que pueda resultar en ocasiones, estudios como «El *Carmen Campidoctoris (Cid-rhythmus)*» o «Las virtudes de héroes y señores» también son muestras exquisitas de las posibilidades de la tópica histórica en la reformulación de una autoconciencia cultural europea que iría más allá del campo de la literatura. Por ejemplo, al neutralizar las explicaciones que apelaban a la psicología de los pueblos para explicar la presencia de ciertos rasgos o hechos literarios o, en polémica con Menéndez Pidal, cuestionar el peso de la oralidad y del elemento popular en la génesis y comunicación de la tradición. No sería la lengua, sino las elaboraciones literarias lo que opera como nexo. No los movimientos espontáneos o naturales de las comunidades nacionales, sino las estructuras estables en las que las relaciones y la vida cultural se dan. Por eso la Retórica, se presenta incompatible con cualquier tipo de analogía biológica y reclama la atención a su dimensión institucional, que es la que produce continuidad y tradición. Si se repara en esto, defiende Curtius, el auténtico sujeto europeo se hace reconocible y el estudio de la tópica histórica es decisivo para ese objetivo.

Los trabajos de Curtius son una reflexión sobre el concepto de tradición cultural, su formación, desarrollo y transmisión, su relación con otras tradiciones y con otras esferas de acción. Al cabo, también con el tiempo presente. En la medida estos que se encuentran al servicio del reconocimiento de una categoría superior sobre la que comprender el curso histórico occidental, sobrepasan las convencionales parcelas del mundo académico para interesar al conjunto de las ciencias humanas y sociales. Y, como afirma el editor, la fundamentación de sus concepciones crítico-literarias e historiográficas se encuentran comprometidas con «una filosofía de Europa» (XVIII). Desde luego, no se trata de la filosofía de un filósofo propiamente dicho ni, aún menos, una filosofía sistemática. Antes al contrario, se presenta como alternativa a la filosofía. Su «humanismo total» es anti-filosófico, una polémica más conocida en su versión simétrica, la del anti-humanismo de los filósofos, célebre en el caso de Heidegger. La labor de romanista se inscribe en la defensa de un nuevo humanismo (recogiendo el título de uno de los ensayos, «Humanismo como iniciativa») que sirviese de mediación ante la crisis espiritual que estalla en la Europa de entreguerras y que, frente a los partidarios del modelo renacentista y los admiradores del mundo helénico, debía tomar como referencia la Edad

Media. Así podría restaurarse la unidad cultural europea. En consecuencia, Curtius ve en el *Studium* la institución clave de esa vía de mediación, merced a su relación (ordenada y conformadora de orden) con la *Ecclesia* y con el *Imperium*. Entonces puede comprenderse la atención del erudito alemán por la cultura española, atención que lo conduce a la literatura medieval (véase «Jorge Manrique y la Idea de Emperador» y las fuentes que organizan «Calderón y la pintura») y a interrogarse por lo que contemporáneos suyos como Unamuno, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala o Gregorio Marañón significaban para España y para Europa. No en vano, como de modo explícito puede verse en los ensayos «Problemas de la cultura española actual» y «De la vida espiritual española en el presente», se hallaba convencido de la importancia del papel que España podría desarrollar en el éxito de ese nuevo humanismo, tanto en la provisión de ejemplos de su rica tradición como en la generación y expresión de energías para superar la crisis espiritual del continente y su carencia de élites intelectuales, por decirlo con Ortega —a quien apreció particularmente— «a la altura de los tiempos». Pero su ilusión por un país cuyos *clerics* proporcionasen modelos para una inteligencia dirigente en otros lugares de Europa sucumbieron con el final de la II República. La expectativa de Curtius es lógica para quien escribe desde la agonía de la República de Weimar, pero quizá, como también se comenta en la introducción, su diagnóstico sea expresivo de las limitaciones de su humanismo total y el papel que adjudica a las élites.

Javier López Alós